

para que pudierais censurarme.» Al oír esto crece y se aumenta el escándalo; los gritos «¡á la cárcel, á la cárcel!» atruenan los aires y hacen á todos ensordecen. Pero el orador continúa tan provocativo al golpe de los enemigos como imperturbable al sentir cómo se los descargaban encima. «¿Debo yo ser llamado al orden, pregunta, ó no debo ser llamado? ¿Cuáles delitos se me imputan? Examinemos tal asunto. Guadet empezaba un discurso. Y al oír sus primeras palabras, díjole yo que hablase como lógico y no como declamador. Yo no entiendo sea éste un delito merecedor de reconvención presidencial ó de censura parlamentaria. No podía darle un más bien intencionado consejo que aquel dirigido á pedirle no perdiera el tiempo y no lo hiciera perder al Congreso, quien ha menester pocas palabras y muchas ideas.» «No habéis dicho eso, exclama el diputado Re-boul.» «Callad; responde Feudriers, el Congreso me oye, porque hablo á su mandato; vos no podéis hablar. Bellísimo dón, el dón de la palabra; divino arte de burlar y engañar al pueblo.» Un tumulto sigue á esta nueva incidencia tan fragoso que se podría oír desde las estrellas. «Nuestro deber está reducido á decir palabras severas; el vuestro á oírlas.» «Hace ya seis meses que os estoy oyendo á vos y á vuestros parejos, declamar en la tribuna; y los agitadores del pueblo»..... Dicha esta palabra el estruendo llega en su ascensión hasta el espasmo, y la Cámara entera parece desplomarse como un alud sobre orador tan deslenguado. «El agitador sois vos, le dice Paganel, y no merecéis que tengamos la paciencia de oiros.» «Pido, grita Reboul, para una cuestión de orden, la palabra.» «No hay cuestiones de orden aquí, no tenéis más que un solo deber, y es callar; cumplido. Imagináis que será posible imponerme silencio, no me conocéis aún.» Muchas voces piden al Presidente que le quite al orador la palabra. Este continúa del modo siguiente: «vuestros indecencias podrían constiparme; no imponerme silencio. Yo diré la verdad.» El Congreso indignadísimo quita la palabra de los labios del orador y lo inflige tres días de cárcel. La causa de tal estruendo está en que Guadet quince días antes pronunciara una terrible arenga entre ruidosos aplausos, acerca del Comité austriaco, la cual arenga inflamada inflamó el sentimiento popular. «Decís, exclamó Guadet entonces dirigiéndose á sus enemigos, que el Comité austriaco es un Comité misterioso. ¿Pues quisierais que fuese un Comité público y con patente administrativa? Ese Comité se halla compuesto por una reunión de hombres, que quieren á cualquier costa, no traer el orden antiguo y el antiguo régimen; ya declaran todo eso imposible, mas modificar el nuevo á medida de su capricho; es una reunión de hombres muy ciegameamente pérfidos, que intentan dividir el pueblo parisién y la Milicia Nacional.» Y por tal tono los acusaba de arruinar el Tesoro, de fomentar la indisciplina, de mover al soldado contra el oficial, vendiendo al extranjero la marina, paralizando en las Cortes extrañas los esfuerzos del cuerpo diplomático que representa la Francia constitucional, palabras á cuyas fustigaciones, el Congreso entró en un verdadero delirio y le consagró uno de los más frenéticos triunfos oratorios que guardan los anales

parlamentarios de Francia. No fué tan aplaudido en su discurso acerca de la disolución del cuerpo de Guardias Reales como lo fuera en su discurso respecto del Comité austriaco. Pero si el uno se distinguió por su vehemencia, el otro se distinguió por su lógica. Guadet se dirige á Ramond. Este orador fué siempre de la derecha, y se distinguió así por la corrección de su frase como por la frialdad de su raciocinio, uniendo á estas cualidades un carácter dulce y un temperamento benévolo, con arreglo al cual propendía de suyo á tratar sus adversarios con la mayor delicadeza y cortesía. La base de sus operaciones para ello, hallábase de antiguo en cosa muy sencilla, en defender la Monarquía, rara vez mentada por sus labios, dentro de la Cámara que llenaban los antimonárquicos, en defender la Constitución, pretendiendo por esta defensa muy hábil, aparecer más demócrata que todos los demócratas, y más revolucionario que todos los revolucionarios. Mordaz sin acritud, lógico sin exceso, implacable con el error y tolerante con los que yerran, muy amigo de preparar sus discursos, cuidadísimos generalmente, claro en la exposición, vigoroso en las deducciones, revelábase como un hombre honrado, pagadísimo de sus ideas, y defendiéndolas con una extraordinaria sinceridad. Quería purificar la Guardia Nacional, cuando de tal asunto se trató; mas no quería licenciarla. Según su sentir, la Guardia Real no dependía del Poder legislativo, ni del Poder ejecutivo. Era un cuerpo doméstico, y no se podían disolver por el Parlamento los guardias del Rey, como no se podían disolver los cocineros del Rey. «Oigo, dice, que ha formado el cuerpo militar la Constituyente y está en la Constitución. Pues tampoco entonces podéis disolverlo. Está en vuestras manos cambiar los ministros; pero no está en vuestra mano, ni en ninguna está, disponer que no haya ministros. Son los diputados un poder constitucional, no son un poder constituyente.»

Guadet sostuvo ser del resorte de las facultades legislativas consagradas en la Constitución para el Parlamento disolver los cuerpos militares ú ordenarlos como le pluguiese. Por su manera de sentir, aunque la Constitución hubiese para ciertos casos, como en las declaraciones de guerra, puesto alguna que otra restricción al poder legislativo, le permitía legislar sobre todo aquello que no estuviese clara y taxativamente prohibido. Habiendo puesto fin á su discurso, Vergniaud corrió al refuerzo de Guadet. Su palabra serena encantaba con sus hechizos á los que malhería con sus golpes. No se atrevían jamás, ni los más interruptores, á interrumpirle por miedo de perder una palabra. El afecto de admiración se parece al amor en lo fácilmente que se impone y sobrepone á todos los afectos. Vergniaud no podía reducir á un mero conato de amenaza la conjura dirigida por los guardias reales contra el Parlamento; si hubiera sido así, bastaba para conjurarlo un modesto mensaje al Monarca; pero cuando los enemigos de la libertad llevaban y traían á su antojo el regio nombre sin recibir advertencia de ninguna clase por ello, cuando, lo mismo para encrespar los emigrados que para subvertir los realistas, invocaban el regio nombre sin protesta ninguna de arriba; cuando en todo motín reaccionario y en toda maniobra de retroceso

aparecía siempre la sombra del Rey; cuando so este nombre se destrozaba la Constitución, era porque se quería ver estallar las cóleras revolucionarias sobre la frente del Monarca y separar la Monarquía del Parlamento. Para Vergniaud no cabía duda respecto del derecho de los Parlamentos á organizar los ejércitos. Si después de la guerra podía licenciar la gente armada que cobrase, con mayor motivo debe siempre poder licenciar la gente armada que se portase mal. Si el cuerpo de diputados no pudiera disolver al cuerpo de guardias, parece muy superior éste á un poder altísimo del Estado. De los delitos individuales entiende y juzga el poder judicial; de los crímenes colectivos que cometen las corporaciones ó entidades políticas sólo pueden los poderes políticos entender. Por tal manera entendía la Cámara en el organismo de tal cuerpo, y podía tanto reorganizarlo como disolverlo, que le ordenaba un modo especial de juramento. Pudiendo alterarsu existencia, podía crearla y podía también destruirla. Vergniaud estimaba que no era dado negar algún género de guardias al Rey; pero sí era dado alterar el que ya tenía. Sustentaban los contrarios la imposibilidad de licenciar la guardia, porque llegaría un momento en el cual no tuviese guardia de ningún género el Rey. Y por esta razón licenciar la guardia sin sustituirle otra era inconstitucional. Pero entre que la guardia se decretó y la guardia se formó, también pasara un período de tiempo durante el cual no tuvo el Rey guardia. Si no es constitucional hoy su licencia, tampoco debió ser constitucional entonces su formación. Y no podía un argumento más baladí aducirse que la carencia de guardia por el Rey. Si los aristócratas de un cuerpo privilegiado se iban, quedaban los demócratas de un cuerpo igualatorio, los demócratas de la Milicia nacional, y no había de éstos nada que temer. Ninguna guarda más disciplinada, ningún soldado más vigilante y seguro, ninguna institución más favorable al trono, que circuido de los suyos, promete la tranquilidad y el bienestar porque defiende y asegura la Constitución. Así, Vergniaud propone la disolución de los guardias y el cuerpo legislativo la vota casi por aclamación. Poco á poco, por imprudencia temeraria de los Monarcas, iban cayéndose y arruinándose todos los contrafuertes que preservaban al trono del océano de la revolución.

Vistos las ilusiones y los desencantos de la romana Porcia; veamos las ilusiones y los desencantos de la francesa Rolland. Esta correlación estrecha entre la historia romana y la historia revolucionaria no puede faltar en libros consagrados al origen y raiz, así de las ideas como de los hechos, dentro del movimiento universal que ha determinado la vida y el ser de nuestro siglo. Más hicieron, desde lejos en el tiempo y en el espacio, los héroes y los escritores romanos por la revolución, que los revolucionarios modernos del apostolado continuo y los revolucionarios modernos de pelo en pecho. Quebrantadísimo por el espíritu de la última centuria dogma tan fuerte como el dogma católico medioeval, y necesitando las generaciones adorar algo y alguien, el calendario de los bienaventurados, sucedió el calendario de los griegos y de los romanos célebres en las dos grandes Re-

públicas, cuyas glorias no sólo se irradiaron por el mundo antiguo; poniéndolo en incommensurables alturas, trascendieron al mundo moderno, educado por ellas, que le dieron gran parte de su cultura literaria y científica. En aquellos días, el abate Vermoud había escrito un libro sobre las revoluciones romanas, y en este libro de las revoluciones romanas bebieron sus doctrinas una porción capital de los innovadores, sobre todos, los innovadores girondinos. Y digo mal, sus doctrinas; debí decir, sus ejemplos, porque, á la verdad, si aprendían las ideas en los filósofos contemporáneos, lo más importante, ó sea, su acción, su modo de proceder en la vida y de realizar la política, lo aprendían en la Historia, sobre todo, en la Historia romana. Tanto aconsejó Porcia en su tiempo á los encargados por el destino de conservar la República sobre Roma, cuanto aconsejaba madama Rolland á los encargados de fundar la República sobre Franeia. Lo mismo que porfió la romana, porfió la francesa. Una y otra creyeron cosa fácil abrasar á sus contemporáneos respectivos en el ideal, aproximado desde las alturas mentales á la realidad, destruyendo todo lo malo y acrisolando todo lo bueno que había en ellos. Una y otra hicieron, en intervalo tan largo y á distancias tan apartadas, lo que haría un astrónomo, quien sabedor de las virtudes creadoras del sol en la tierra, quisiera sacar de los espacios solares medios donde vive y la aproximase al incandescente globo solar por otras esferas, sin sospechar que la convertía por completo en cenizas. Así Porcia no llegó nunca jamás á enterarse de cómo era demasiado tarde para salvar la República, cual no llegó nunca jamás á enterarse madama Rolland de que era demasiado pronto para restablecerla. Contrajeron las dos el error más fácil de contraer en política; el error de medir por sus espíritus respectivos el espíritu general de la sociedad y del tiempo, en cuyas respectivas fases vivieron ambas. Imaginaos un hombre que saliera en cuerpo y sin abrigo al aire libre, porque indicaba el termómetro de su casa veinte sobre cero, mientras el termómetro de la calle marcaba veinte bajo cero. Por el amor que sentía la estoica Porcia en sus entrañas á la República, midió el amor á la República sentido en las entrañas de sus conciudadanos, exactamente lo mismo que madame Rolland. Y Roma era demasiado vieja para conservarla, como Francia demasiado joven para establecerla. ¡Cuánto se parecen las reuniones de los tribunos romanos en el Puerto de Anzio á las reuniones de los tribunos franceses en las salas del ministerio de lo Interior! ¡Como fué Casio, lo que después fuera Brissot; Bruto, lo que después fuera Rolland; Cicerón, lo que después fuera Vergniaud; el pueblo, demasiado decrepito en tiempo de la estoica Porcia y sus adeptos lo que después fuera del pueblo, demasiado niño en tiempos de madama Rolland y su tertulia. Estas dos mujeres extraordinarias no sabían que lo mismo si ha de conservarse ó si ha de establecerse la República, necesitan generaciones dispuestas á ello, convencidas en su interior, creyentes con firmes creencias; de una propensión incontrastable al sacrificio; capaces para medir los grados del ideal que puede soportar cada estado político en su propia fase y cada generación venida con ministerio propio y

suyo á cumplir una hora, un aspecto, una porción del común destino humano. Ellas, exaltadas, no comunicaban su exaltación á los contemporáneos; ellas, embebidas en el ideal, no acertaban á saber que cuanto para los dos era objeto de culto, para los más era objeto de medra é interés; ellas resueltas al combate y aun al sacrificio para dejar un imperecedero nombre cada cual en la Historia, olvidaban las innumerables generaciones anónimas que se arrastran en la oscuridad y que no pueden experimentar el aguijón de sus estímulos y el amor á la gloria, por lo cual, mientras en la totalidad casi de aquellos, á quienes ellas querían prosperar con sus holocaustos, se salvaron de la triste suerte reservada por el destino á las dos heroínas, ellas se perdieron; la una por haber creído en el cenit una idea que ya tocaba en su ocaso, la otra por creer en el cenit una idea que no había llegado á su oriente.

Madama Rolland, influyó con soberana influencia en la disolución del cuerpo de guardias reales y este cuerpo era como el seguro último y la última fortaleza del principio monárquico. La irritación de los combatientes en aquel minuto y en aquel estado acababa de llegar al paroxismo. Unos se miraban á otros de muerte, y cada grupo hubiera exterminado con su aliento al grupo contrario. Nada incita de modo tan cierto á la crueldad como darle aires de humana. Los que maquinaban para exterminar al partido revolucionario creían bueno todo acto hecho en favor del Rey, aunque fuese un acto pésimo, y la misma cosa creían los revolucionarios cuando se desataban á una contra sus enemigos. Así no abrían todos sus bocas sino para el insulto, no levantaban sus manos sino para el golpe. Por haber hablado el capuchino Chebot contra la Guardia real, un coronel de ésta no supo hacer otra cosa en defensa de sus compañeros que darle al exaltadísimo diputado un fuerte puntapié por detrás. La molestia y la incomodidad llegaban hasta los militares más demócratas. Lafayette que tanto se las echaba de caballero, iba disfrazado á París mandando un cuerpo en las fronteras y entraba en las Tullerías como Pedro por su casa, siquier le llamasen allí todos los cortesanos traidor y bandido, reconviniendo á madama Campan la Reina con frecuencia porque lo defendía de tales calificativos, é iba y entraba prometiendo al cuitado llevarse los Reyes á su ejército y con su ejército volver y con los Reyes sobre la ciudad de París y el Parlamento de la Nación. ¡Cómo necesitaria la Reina dominarse allá en su orgullo para no decirle todo lo pensado por su regia mente respecto al torpe general y no ponerle en la calle! Mientras fué joven la pasión sobrepuso en Lafayette al temperamento natural de aristócrata el temperamento adquirido de republicano, mas, en cuanto fué maduro, el temperamento connatural á su cuna y familia, el temperamento aristócrata se puso en él sobre todos los temperamentos de su compleción y todas las fases de su alma. Y si esto hacía el Bayardo y el Cruzado de la democracia, imagínese qué harían los realistas exaltadísimos y combatientes. Cuando en la Guardia Real menudeaban hombres tan devotos al antiguo régimen como el blasonado duque de Brissac

y sus secuaces; cuando se daban la mano estos magnates con los suizos, perros de presa en todos los palacios de la tiranía tradicional; cuando grande porción de la guardia ciudadana se unía con criminal candor á estos enemigos del pueblo; cuando poco á poco se había ido extendiendo por aquellos soldados el espíritu de cuerpo que á los más liberales quitaba el sello liberal y convertía los más amigos del Parlamento en enemigos, era una lástima esta disolución para los Reyes y para los realistas, inspirándoles la certidumbre de su cumplimiento rabia tan intensa, que babeaban cual hidrófobos y gesticulaban cual endemoniados. Así como todo lo pusiera el palacio en temperatura de guerra civil, hacia lo que necesitaba el Parlamento hacer para defenderse. Un segundo de Brissac, Hervilly, dirigiase al palacio; y sin encomendarse á Dios ni al diablo, proponía que lo autorizase la familia real é iba con mil ochocientos hombres á disolver el Congreso, usurpador conventículo, según él, y á fusilar los traidores diputados por la espalda. En el pensar y en el sentir de tamaño reaccionario, la revolución progresaba con el desmayo de la Monarquía, y nunca se presentó en el transcurso de sus crisis una hora tan propicia para prosperar la causa realista, como la que corría en aquella sazón excepcional, ni un grupo tan bien organizado y dispuesto para defender á los Reyes como la Guardia real. En esta convicción demandaba que, si no lo autorizaban de un modo solemne, lo dejaran sobre la Cámara echarse; y si llegaba con la suya por algún camino á salirse, supieran les devolvería la corona tal como la poseyeron los Reyes antes de la revolución; si lo contrario sucedía, si marraba en su empresa, declinasen sobre sus espaldas toda la responsabilidad y le atribuyesen todo el desastre. Y los que le apoyaban en el ánimo de la Corte añadían haber muy cerca seis mil hombres armados y dispuestos al tremendo golpe de la reacción, cuyas consecuencias podrían resultar decisivas contra la creciente libertad. Luis XVI retrocedió espantado, é hizo bien, ante la enormidad del crimen propuesto, no porque fuera crimen, porque no lo creía bastante fuerte y vigoroso para pelear y vencer. La Reina, siempre dispuesta, en su ligereza incurable, á todo temerario arresto, aceptó en los primeros momentos la proposición del golpe de Estado, pero cedió bien pronto, al ver la resistencia del marido, por temor á que todos perpetraran el atentado y luego, si mal salía, le imputasen á ella sola, cual tantas veces hicieran, la tremenda responsabilidad.

Mas ¿no tenía motivo el Congreso para de todos y de todo recelar cuando así, con este descaro, conspiraba la corte? Por esas coincidencias extrañas de la Historia dos mujeres se hallaban frente á frente; la Reina de Francia y madama Rolland: en el palacio de la Tullerías aquélla conspirando contra el Parlamento y ésta en el ministerio de la Gobernación conspirando contra la monarquía. Si miran los ojos la Musa del retroceso y miran la Musa del adelanto, no pueden un minuto dudar los entendimientos de quién llevaría la mejor parte de aquella contienda. En el palacio de los Reyes Antonieta, en el Congreso de los pueblos madama Rolland; la una ceñida de ideas, la otra de tradiciones; la una entre los apóstoles del